

14. W.B. Kristensens, para corregir a Mircea Eliade (12 p.).

Este texto se completó el 28/11/24.

Haga clic en el capítulo que desee leer.

Contenido:

1. Circuito (lustratio romana, limpieza).....	1
2. Circuito (año, saeculum).	3
3. Círculo (clavo como marca de socorro).	5
4. Circuito (castillo/ciudad/muro/portones).....	7
5. Totalidad.....	8
6. Dualismo.	10

Nota: Hemos sustituido términos como 'nosotros-hombre', 'nosotros-acto', 'nosotros-mujer' por 'hombre santo', 'acto consagrado', 'mujer santa'... porque el programa de traducción digital no sabe traducir estas palabras. El término “santo” se utiliza entonces no en su sentido bíblico elevado y ético, sino como poseedor de mucho poder oculto, material fino. También podríamos hablar respectivamente de una hechicera, una planta mágica, una bruja...

1. Circuito (lustratio romana, limpieza)

Bibl. st: W.B. Kristensen, *Recopilación de contribuciones al conocimiento de las religiones antiguas*, Amsterdam, 1947, 233vv ... -

El tema es el rito que adopta la forma de un bucle, un movimiento itinerante, como se refleja especialmente en los registros romanos, indios y egipcios. Aunque a veces ese bucle puede ser un mero impulso de los juerguistas, en muchos casos se trata de un acto sagrado. Más aún, una sorprendente similitud provoca un entendimiento común. Es esto último lo que Kristensen trata de exponer.

Interpretación establecida.- A finales del siglo XIX, se sostiene que el bucle sagrado consiste en trazar alrededor de un objeto central -por ejemplo, el pueblo romano- un círculo mágico que protege contra las influencias desfavorables. La línea trazada es entonces una frontera, un muro invisible. Se trata de un acto apotropeico, es decir, desfavorable.- Esta interpretación la cuestiona Kristensen.

Lustratio romana (limpieza).

Al final del censo, instituido por Servio Tulio (rey de Roma -578/-534), los ciudadanos se disponían en filas como un “exercitus” (ejército) en el Campus

Martius. El rey o su representante se paseaba tres veces alrededor del pueblo con animales de sacrificio, tras lo cual los animales eran sacrificados a Marte, dios de la guerra, con el voto de que la lustratio se repetiría cinco años después (periodicidad). A continuación, una oración leída en voz alta explicaba el significado: se pedía a las deidades que renovaran la fuerza vital - “el poder”- del pueblo romano.- Curioso: como colofón, el máximo magistrado clavaba un clavo en el muro del templo de Júpiter, dios principal de Roma. - El conjunto de estos actos sagrados se denominaba 'lustratio' , limpieza.

En su centro estaba el ciclo

Incluso el sacrificio podía caerse, como muestra Plinio, *Historia naturalis* 8:42: en una carrera de circo, el conductor fue arrojado del carro. Entonces sus caballos corrieron desde el circo hasta el Capitolio y “limpiaron ('lustrasse') el templo de Júpiter tres veces”. Esto se consideraba un gran augurium (signo sagrado). En otras palabras: el lazo repetido tres veces era en sí mismo una limpieza. *Suetonio, De vita caesarum, 7 (Vitelio)*, dice que un águila volando en círculo sobre los estandartes del ejército “limpia” los estandartes.

Kristensen.

Que tal lustratio sería un círculo mágico que demarca no es verdad. Pues se limpia lo que ya está contaminado (en estado desfavorable), no lo que está en peligro de contaminarse.

Para dejarlo claro, Kristensen se detiene en lo que significaba un bucle consagrado.- Toda la ceremonia en el Campus Martius se llamaba 'lustratio', pero también 'lustrum', limpiador. La duración de los cinco años siguientes también se llamó así metonímicamente.

Para muchos, el término evoca un significado negativo, es decir, lavar la impureza. Pero, de hecho, una limpieza ritual era, ante todo, un acto por el que se comunicaba una propiedad sagrada (la propiedad del que limpiaba). Los numerosos registros históricos (incluidos los de egipcios y griegos) confirman esta interpretación.

La limpieza significa que el beneficiario “resucita” (adquiere fuerza vital) de su “muerte” (estado de agotamiento). Para Kristensen, se trata de una aplicación de su concepto religioso-histórico de “totalidad”, es decir, amalgama (“armonía”) de opuestos: la vida cotidiana es “fuerza vital/agotamiento” y clama por lustratio, suministro de fuerza vital que salve del agotamiento.

Periodicidad.

Cada limpieza se realizaba “con vistas” a la siguiente, porque cada vez

prometían solemnemente una repetición cinco años -lustró- después. La oración se refería a la fuerza vital del pueblo durante el intervalo. Tan esencial era la repetición que la duración de cinco años no era una duración profana sino un tiempo sagrado. Como, o.c., 242, concluye el autor, “el ciclo quinquenal del tiempo era así también un agente purificador”.

El bucle local y el bucle del tiempo eran conceptos estrechamente relacionados en la conciencia antigua. Los antiguos griegos llamaban a ambos por el mismo nombre “periodos”, movimiento circular y “período” (medida de duración). - Un bucle es un movimiento que termina donde empieza. La periodicidad implica que el punto final es, a su vez, el punto inicial: el agotamiento es el suministro de fuerza vital que desemboca en el agotamiento que, a su vez, es de nuevo suministro de fuerza vital. Interminable.

2. Circuito (año, saeculum).

Bibl. st: W.B. Kristensen, *Recopilación de contribuciones al conocimiento de las religiones antiguas*, Amsterdam, 1947, 243v .

El más conocido de todos los periodos sagrados es el del año. Todos los pueblos antiguos lo interpretaron así: el año es una serie introspectiva de divisiones. En él, el final del año es el cierre, pero al mismo tiempo la apertura al año nuevo, renovado. De ahí que el autor diga: “La caída podría llamarse también 'subida'“ (o.c., 243).

El círculo o bucle apuntaba así hacia después de sí mismo y ya contenía en sí mismo el nuevo bucle. Este era el significado sagrado: autorrenovación, energía resucitadora.- La palabra egipcia común para “año” era “renp-t”, es decir, “renovarse (o rejuvenecerse) a uno mismo”, escrita con el signo de un tallo joven con un capullo unido.- En todas partes de la Antigüedad, el fin de año se ritualizaba como una celebración de la resurrección de la vida.

Periodo secular.

En Roma, esta interpretación es particularmente reveladora en los actos sagrados más antiguos, al final de un “saeculum”, un periodo secular. Se reconocían tales finales felices a hechos extraordinarios en la naturaleza y en el pueblo.- Así en -249: Roma se encontraba en una gran angustia, cerca de la ruina como consecuencia de errores de cálculo en la primera guerra púnica. También se observaron preocupantes presagios. Todo ello apuntaba al final de un saeculum y al comienzo de un nuevo saeculum. Esta “transición” se celebraba con juegos nocturnos en honor de quienes controlan el destino de Roma, los dioses y diosas del inframundo.

Axioma.

Así como las deidades infernales habían traído la caída, la muerte, ellas debían traer el resurgimiento, la vida. En el fondo: “El que causa el mal (muerte, caída) lo restaurará”.

En este sentido se celebraba a Dis y Proserpina, la pareja del inframundo. Dis, también Dis Pater, era -como, por ejemplo, Plutón o Saturno- el dios masculino de la armonía (conjunción) de la muerte y la vida (y, por tanto, de la vida y la muerte). Su ser (es decir, ante todo su fuerza vital) era -según escritores como Varrón y Cicerón- la tierra como fuerza vital que hace que todo suba/baje/baje/baje... sin fin.

Kristensen también llamó a este curso “la vida absoluta” (donde “absoluta” significa “más allá de la cual no hay otra”), en otras palabras: la vida pagana precristiana. Proserpina (Kore) era la deidad femenina de la armonía de los opuestos, la muerte y la resurrección.

Las fiestas profanas (con los juegos) estaban ante todo dedicadas a la pareja principal. “Su doble naturaleza -dice el autor- muestra que el final del antiguo saeculum se equiparaba con el comienzo del nuevo: en la caída se veía encerrado el ascenso”. (O.c., 244).

Periodicidad.

Lo que había comenzado en la primera celebración del saeculum (*nota*: el comienzo mítico), la energía secular básica, se despliega en la serie interrelacionada de tiempos sagrados que hacen que el tiempo primero o primordial esté presente una y otra vez de saeculum en saeculum, de “siglo” en “siglo”, es decir, de una era en sí misma en reposo a una nueva era en sí misma en reposo.

Así, en Roma, el periodo profano se convertía en un tiempo sagrado realizado a través de ritos. Incluso al final de las celebraciones, como en el lustrum, se hacía el voto de repetir la fiesta al final del periodo en honor de los numina, las altas divinidades, Dis y Proserpina “que cerraban y abrían el periodo” (según el autor).

Observaciones finales.

El autor rebate la opinión de que la transición de un siglo a otro signifique un límite mágico, “como se cree comúnmente”, con la intención de evitar que la antigua calamidad se extienda a la nueva edad santa.

La idea básica era más bien ésta: la calamidad que supone el final del antiguo saeculum no es en realidad una calamidad absoluta, es decir, una calamidad sin más. La premisa aquí, como en todas las religiones premodernas, es que lo que una vez fue instituido “al principio” como un rito se mostrará una y otra vez como una fuerza vital que emerge al agotarse. “El período era un ciclo temporal y -como el ciclo local- la forma en que se materializaba la vida permanente. A través de ambas formas, la local y la temporal, se producía el suministro divino de fuerza vital, es decir, la limpieza del pueblo”. (O.c., 245).

3. Círculo (clavo como marca de socorro).

Bibl. st: *W.B. Kristensen, Collected contributions to knowledge of ancient religions*, Amsterdam, 1947, 245/248.-.

El texto trata del clavo consagrado como propuesta actual de lo que el autor llama “los dioses del Destino”.

Declaración principal.

Dis y Proserpina, la pareja primordial, como deidades temidas de los infiernos (también conocidos como los muertos), disponen la salvación, pero de tal modo que su disposición divina “no tenía en cuenta los deseos humanos encaminados a la felicidad finita” (o.c., 245). Su disposición incluía la salvación, ¡pero también la calamidad! Era la armonía de los opuestos. “Nadie se acerca a ese misterio sin temor” (ibíd.).

Este temor estaba invariablemente presente, pero al final de un período - saeculum, lustrum, fin de año - este temor se manifestaba con especial intensidad. Prueba de ello -dice el autor- es la ceremonia con la que se cerraban ritualmente los tres periodos: se clavaba un clavo en el muro del templo de Júpiter en el Capitolio. Este era el acto final en la fiesta de Año Nuevo (13 de septiembre), en el quinto aniversario y en el centenario.

La profunda importancia de este rito se desprende de “una antigua ley escrita en letras arcaicas” (*Liv.* 7:3,5), que estipulaba que sólo el más alto magistrado podía celebrarlo. - Además, el verdadero trasfondo se muestra en el hecho de que esta ceremonia tenía lugar no sólo periódicamente, sino también en respuesta a acontecimientos aislados que causaban gran ansiedad, como enfermedades contagiosas o crímenes sin precedentes (*Liv.* 7:3, 3; 8:18, 12).

Destino.

En la época, pero también más allá, en las grandes emergencias, se manifestaba el temido orden de la vida que las deidades establecían sin tener en

cuenta los intereses “humanos” terrenales. Los romanos llamaban a ese orden de vida y muerte “Fatum”, que nosotros podemos traducir por “Destino”.

De paso

los antiguos griegos lo llamaban “Moira”, “Anankè”, “Aisa”. - El clavo clavado en un rito era la proposición presente visible y tangible de la determinación inexorable que era el destino dispuesto por las deidades. Los antiguos no entendían por esto lo que nosotros los modernos llamamos 'ley natural' (que también incluye una especie de naturaleza legal inexorable), sino la disposición de las deidades que no interfiere con nuestra razón terrenal y sus conceptos y nuestra ley moral terrenal y sus conceptos.

En este sentido bien definido, Kristensen califica la política de las deidades del inframundo de “supra-racional” y “supra-ética”. “En la naturaleza y en la historia, el Fatum demoníaco se revelaba en los temibles momentos en que la vida estaba amenazada de destrucción” (o.c, 247).

Opm ... - El término “demoníaco” se refiere al hecho de que las deidades y sus políticas están sujetas a las vicisitudes del auge y la caída, del bien y del mal. El término se utiliza aquí en el sentido religioso-histórico.

El autor encuentra una prueba de su tesis en los informes sobre la celebración de la famosa fiesta profana en el año -17 a.C.. Como dictaba la tradición, se hacían ofrendas nocturnas en el altar subterráneo de Dis y Proserpina o cerca de él, pero ahora también a las diosas del Destino (las Moirai, las Eileithueiai) y también a Tellus (la Tierra) o a Ceres o Deméter.

La novedad era que ahora se mencionaba al Destino por su nombre, aunque ya estaba representado en el clavo. Deméter o las Eileithueiai (diosas de la vida y la muerte de la tierra) hablaban claro.

Magistrado supremo.

Lo expuesto anteriormente permite comprender por qué sólo el magistrado supremo - praetor maximus, dictator clavis figendi causa - estaba autorizado a realizar la ceremonia de clavar el clavo. Quien lo hacía actuaba como ejecutor del temido destino, de hecho, era Júpiter, el dios principal romano, visible y tangiblemente hecho presente.

Esto era así tanto en los ritos periódicos como en los no periódicos. Pues cada calamidad había sido causada por el Destino, la inescrutable disposición de las deidades, y había hecho de ella una condición de la vida resucitada.

4. Circuito (castillo/ciudad/muro/portones).

Bibl. st: W.B. Kristensen, *Collected contributions to knowledge of ancient religions*, Amsterdam, 1947,253/266. -

Tema: la ciudad antigua,

La ciudad antigua, resp. su fortaleza como afirmación actual visible y tangible del inframundo que a su vez se denotaba como fortaleza y ciudad. El autor toma como ejemplo de geografía sagrada la ciudad egipcia de Menfis con sus “murallas”: “No se puede hablar de murallas ordinarias. Pero, si las llamamos 'murallas míticas', ¿qué significa eso?” (O.c., 253). El autor da un modelo egipcio.

Kristensen sostiene que las principales divinidades de Menfis eran las de la tierra e inmediatamente las del inframundo. La ciudad era su morada visible, pero su hogar “real” era el inframundo (e inmediatamente el reino de los muertos).

El círculo alrededor de los muros es, en ese supuesto, la “imagen” (entiéndase: proposición presente visible y tangible) del paso alrededor del inframundo (inmediatamente el reino de los muertos). Esto hace entonces comprensible el camino seguido por el Dios Sol moribundo y naciente Sokaris (Osiris) -como el Dios Sol- muere y se levanta y los fieles le siguen por ese camino. Hasta aquí una muestra de cosmología sagrada.

Una creencia generalizada

No sólo los egipcios, sino también otros pueblos antiguos, vivían el inframundo (el reino de los muertos) como una fortaleza rodeada de murallas. Es más, designaban sus ciudades como “imágenes” (las hacían presentes) de la tierra de la vida eterna que era el inframundo.

Los hábitats terrestres se interpretaban como reflejos de situaciones “cósmicas” (es decir, extraterrestres). - Se trata de una geografía religiosa que nos resulta extraña tanto a los modernos como a los posmodernos, pero que era uno de los componentes fundamentales de la imagen del universo de los antiguos y estaba profundamente arraigada en su fe.

La antigua Tebas griega.

Como en Menfis, la religión misteriosa pertenecía a Tebas. Deméter era la diosa principal. Junto a ella, se veneraba a Dioniso, los cabires, la diosa Harmonía y su hijo Poludoros (Plutón o Dis Pater).

El templo de Deméter se alzaba sobre la fortaleza, la Kadmeia, que -según

Hesiquio- se llamaba “la isla de los Bienaventurados”. La fortaleza se consideraba la morada “cósmica” (es decir: extraterrestre) de la diosa Deméter.

Perspectiva invertida

El reino de los muertos (el inframundo) era una fortaleza rodeada de murallas. El poeta *Píndaro* (*Olimp. 2:77*) dice que los que morían amados por los dioses alcanzaban la inmortalidad “en la fortaleza ('tursis') de Kronos (el dios primordial) en la isla de los Bienaventurados”.

La ciudad de Tebas en su conjunto representaba de forma visible y tangible el inframundo. En este sentido, se hablaba de que Tebas estaba en el río del inframundo porque el río Ismenos, que pasaba por delante de la ciudad, se llamaba originalmente “Ladón”, es decir, Leteo, el río del inframundo, según la “tradición”.

La muralla de

Según los antiguos, la muralla de Tebas, tan famosa como la de Troya, demostraba la naturaleza cósmica de la ciudad. El mito contaba que no había sido construida como las murallas terrestres ordinarias, sino que había sido creada milagrosamente: cuando se fundó la ciudad, las piedras se habían unido para formar una muralla gracias a la fuerza vital de los sonidos armónicos de una lira de siete cuerdas, que entonces emitió sus tonos por primera vez. La diosa del inframundo Harmonia había dado así origen a la muralla. Era la diosa del misterio. Es decir, se la veneraba en el marco cerrado de un grupo de iniciados. Su muro -el muro tebano- era el muro del inframundo, el reino de los muertos.

Las puertas de la ciudad de

Según la mitología, eran las puertas del inframundo. Deméter era venerada como diosa principal en la Tebas de los siete puertos. Las ciudades griegas llamadas “Pulos”, puerta, recibían su nombre de “las puertas del infierno”. El muro era la división entre el mundo profano y el sagrado, y las puertas eran los cruces.

Como es sabido, Jesús dijo una vez de su Iglesia que “las puertas del infierno” nunca la arrollarían.

5. Totalidad

Bibl. st: W.B. Kristensen, *Collected contributions to knowledge of ancient religions*, Amsterdam, 1947, 272vv. (*Los dioses demoníacos de la totalidad*).-

Tesis.

La armonía (fusión) de los opuestos (salvación/desastre; bien ético/mal ético) fue expresada por los antiguos en el ciclo local y temporal descrito anteriormente que expresa la idea de “vida imperecedera”, entendida como alternancia de bajar/levantarse y subir/bajar, no como una continuidad uniforme y monótona. La armonía de los opuestos también se expresaba entre los antiguos en la idea de “totalidad”. El autor se detiene largamente en la totalidad babilónica.

Los babilónicos

Anu era el dios del universo, “el padre de los siete dioses”, y como tal era quien determinaba el destino de todas las cosas. Como tal, era el que determinaba el destino de todas las cosas.- Pues bien, ¿en Anu se unían todas -la totalidad- las fuerzas vitales, el bien y el mal! “De él emanaban la salvación y la calamidad”. (O.c., 272). En este sentido, Labartu, el demonio de la enfermedad, era llamada “la hija de Anu” (entiéndase: del mismo tipo de comportamiento que Anu). En el mismo sentido, los Siete Dioses eran sus “hijos”: mostraban el verdadero tipo de comportamiento de su “Padre”, del que son “hijos”. Un texto dice así:

“Siete son los dioses del espacioso cielo; siete son los dioses de la amplia tierra. Siete son los dioses destructores; siete son los dioses del 'kissatu' (entiéndase: totalidad). Siete son los dioses malignos (...): en el cielo son siete; en la tierra siete”. Por lo que el autor dice: “No se puede describir más claramente la naturaleza demoníaca de los dioses de la totalidad” (o.c., 273).

Demoníacos.- El autor define: son demoníacos en el sentido religioso de la palabra, es decir, para la razón terrenal y el orden de conciencia supra-rationales y supra-éticos. ¡El comportamiento racional y la conciencia en el sentido terrenal-humano no son una ley para las deidades de la totalidad!

Justos en el sentido terrenal-humano, no lo eran. Consecuencia: aunque prescribían leyes -rationales y éticas- a la gente, pisoteaban su propia conducta.

Tal contradicción era obvia para la conciencia antigua, como demuestran algunos de los textos religiosos más impresionantes. Así el libro de Job (*nota*: si uno lo aísla de su marco bíblico general), las Lamentaciones Babilónicas, el Prometeo Atado.

Los poetas de estos textos se enfrentaron al enigma de la demonización divina y finalmente no encontraron una solución terrenal-racional o terrenal-ética.

Se resignaron a tal totalidad de realidad “divina” a pesar de todas las

objeciones “humanas”. Este tipo de deidad era familiar para la mayoría de los pueblos antiguos. Era más evidente cuando se trataba de las deidades supremas. El dios de Job, el Zeus griego, la doble Fortuna en Roma, el Varuna indio, una vez incluso Ahura Mazda en la medida en que abarcaba -en una interpretación- tanto espíritus celestiales, exhibidos como soberanos (significa: elevados por encima de las leyes humanas terrenales del pensamiento y la acción) determinantes del destino real tal como la experiencia lo daba a ver y sufrir, la conducta del Anu babilónico como se ha esbozado más arriba.

Kristensen determina aún más.

De tales deidades demoníacas surgieron en última instancia la salvación (ascenso) y la calamidad (caída), los opuestos que conforman la vida perdurable -entiéndase: en un sentido prebíblico eterna- del universo y de la humanidad en él. Eran la razón última de lo que los babilonios llamaban “totalidad”. “La voluntad de estos dioses era el Destino, la Moira, divina pero inhumana” (o.c., 273).

La gran multitud debía de ser muy consciente de ello. Tenía su razón y su conciencia. En los textos religiosos, los fieles insisten en ello. Pero para todas las culturas antiguas, la sabiduría (la razón) y la justicia (la conciencia) eran al mismo tiempo conceptos “cósmicos”, es decir, conceptos “divinos” que se elevaban por encima de los propios terrenales.

Con razón, Kristensen, que tuvo el valor de abordar esta cuestión -cosa que no hacen muchos especialistas en religión-, dijo que esos conceptos cósmicos eran conceptos demoníacos.

6. Dualismo.

Bibl. st: W.B. Kristensen, *Recopilación de contribuciones al conocimiento de las religiones antiguas*, Amsterdam, 1947, 274v ... -

El autor considera que su demonismo debe enfrentarse al dualismo. Por “dualismo” entiende la atribución del mal a seres independientes (poderes, espíritus) que son enemigos de los humanos y las deidades. Dicho más claramente, hay seres buenos (deidades, antepasados, espíritus de todo tipo) por un lado y seres malos por otro. Con seres quizás que no completan la elección entre la salvación y la perdición, entre el bien y el mal. Indecisos si se quiere.

Textos mágicos.

Según el autor, en los textos y prácticas mágicas se da una especie de dualismo. La magia babilónica ofrece numerosos modelos de ello: en repetidas ocasiones, se conjuran deidades malignas apelando a deidades buenas -

favorables-. Inmediatamente surge la impresión - así lo expresa Kristensen - de que el mundo de las deidades se divide en dos campos hostiles. Conclusión: ¡hay dualismo!

Refutación de Kristensen.

Los textos y las prácticas mágicas son los mismos en todas partes y siempre. Mientras que las religiones, con sus mitos, cultos y alusiones, difieren entre sí tanto como las culturas a las que pertenecen, las magias son “sorprendentemente similares en todas partes del mundo”. De hecho, Kristensen llega a afirmar que la monotonía de las magias es tan grande que difícilmente puede haber una magia especial babilónica, griega, egipcia o contemporánea: los poderes y seres malignos son los mismos en todas partes y siempre se conjuran de la misma manera. Una tesis que es un lugar común entre numerosos religiosos.

Nota - Si esto es cierto, entonces Kristensen ha descuidado sistemáticamente las diferencias de las magias individuales. Las magias están muy estrechamente alineadas en lenguaje, métodos y axiomas con las religiones con las que están relacionadas. Uno tiene la impresión de que el autor no está o no está muy versado en la práctica de conjurar el “mal”. Así, lo que en Grecia se llama un endemoniado es algo distinto de lo que en los evangelios se llama un endemoniado a Jesús. Todo el contexto religioso es tan distinguible que si uno niega las distinciones, ¡lo hace a.k.a. voluntariamente! O más bien “en nombre de una proposición predeterminada” que aquí es el demonismo.

La verdad de Kristensen.

En la religión babilónica, Anu es el 'padre', es decir: el que determina el tipo de comportamiento, de las divinidades llamadas 'buenas' o 'malas' dentro de los encantamientos. La bondad o la ira son relativas y dependen de circunstancias fortuitas que muestran la formación de los partidos - en sí mismos son 'demoníacos', es decir, ni puro bien ni puro mal: armonía de estos opuestos. Sólo cuando los seres (deidades, antepasados, espíritus) se encuentran cara a cara en determinadas situaciones, son “malos” para la otra parte y “buenos” para la suya.

Consecuencia del encantamiento.

Si el antiguo babilonio acaba en tal situación de duelo y permanece dentro del sistema de Anu, sólo le queda una solución para conjurar el mal, a saber, apelar no a seres buenos puros, sino a seres demoníacos dispuestos a ponerse a disposición del prestidigitador. Kristensen concluye pues con razón: “Los dioses malignos eran para el sentimiento religioso (entiéndase: del babilonio que permanecía fiel a Anu) no enemigos sin más, sino como su padre Anu también santos, es decir, salvadores del mal que procedía de ellos mismos” (o.c., 274v.).

Observación. - Hay que tener en cuenta lo que dice Kristensen: “no enemigos sin más”, porque los enemigos puros ni siquiera son concebibles en su interpretación puramente demonista de la religión babilónica. Él piensa en meros términos de seres mixtos, no también en términos de seres puros realizadores de elecciones.

Decisión.- El demonismo de Kristensen es innegablemente una verdad parcial sobre el papel salvador y moral de los seres santos. Fuera del cristianismo, muchísimos seres superiores e inferiores nunca eligen limpiamente la salvación o la perdición, con conciencia o sin escrúpulos. Por tanto, siguen siendo “demoníacos” (mixtos). Pero esto sólo es cierto en parte.